

PREMIO PRIMAVERA  DE NOVELA 2025

VANESSA MONTFORT

La Toffana



ÁMBITO
CULTURAL


ESPASA

VANESSA MONTFORT

LA TOFFANA



PRIMERA PARTE

CUARTO MENGUANTE

«La Luna se aprecia hoy como un fino gajo de plata en el cielo. Los hilos solares que la cosen a la Tierra forman un ángulo perfecto de noventa grados dejándonos ver, desde nuestra pobre perspectiva, solo la mitad del disco lunar.

El cuarto menguante es la fase que se me antoja más misteriosa, ya que sucede una semana después del espectáculo de la luna llena. Dicen los babilonios y otros pueblos de la antigüedad que en cuarto menguante recogemos los frutos de aquello que imaginamos en la luna nueva, sembramos durante el cuarto creciente y ha sobrevivido al influjo desmedido de la luna llena. Un tiempo, según la alquimia, para soltar y limpiar, decidir qué sí o qué no, y meditar nuevas opciones.

En resumen: pone fin a un ciclo para que pueda comenzar el siguiente.

Qué cosas... He tenido que inventar la lente más poderosa del mundo para acercarme a este misterio y constatar lo mismo que muchas culturas antiguas ya hicieron con solo observarla de lejos: que nuestro único satélite natural se traslada alrededor de la Tierra en un intervalo exacto de veintiocho días.

El mes sidéreo tiene el mismo ciclo de la fertilidad.

Lo que significa que las mujeres siempre estuvieron sincronizadas con la Luna como perfectos relojes selenos. Quizás por la misma explicación tan poco científica han tenido el talento de mostrarnos siempre la misma faz desde el principio de los tiempos. Un viejo curioso como yo no puede evitar preguntarse... ¿qué hay en la otra?

He tenido que alcanzar la ancianidad para llegar a esta conclusión: no existe territorio explorado por la ciencia donde antes no haya llegado la magia».

Notas perdidas de Galileo

1

LA LLAMADA

Roma, febrero de 1658

—La Toffana... Se llevan a la Toffana...

A las ocho y veinte de la mañana era aún un débil murmullo que flotaba sobre el río como otro húmedo espíritu del invierno. La Ciudad Eterna, la que llamaron *Caput Mundi*, se sumergía a esas horas en el caos en el que había sucumbido desde hacía años para renacer, solo que aquella vez no era el Tíber el que amenazaba con desbordarse, sino otra riada igual de rabiosa.

—Se la llevan...

—¿A quién?

—A la Toffana...

Esas eran también las horas en que salían del barrio del Borgo un tropel de nobles, curas y abogados a realizar sus quehaceres diarios: los príncipes a atropellar viejas en los cruces con sus carruajes; los curas a sus confesionarios para adoquinar su camino hacia el Vaticano a base de acumular hijas de confesión —en su mayoría damas y viudas ilustres—; y las alcahuetas a esperar a dichas damas a la salida de los templos para ofrecerles futuros y poco prometedores prometidos.

Fue allí, precisamente, a los pies del castillo Sant'Angelo, donde primero se escuchó el rumor porque alguien la vio entrar escoltada por dos alguaciles:

—¿Esa que se llevan no es la Toffana?

Y entonces un primer grito que salió de una boca desdentada de mujer:

—¡Libertad para la Toffana!

Al escuchar esto, incluso la posadera del Ponte Rotto dejó su ojo perlado atónito, como si la catarata le permitiera escuchar con más nitidez, y salió dejando la puerta del embarque también abierta de par en par.

El río exhaló una condensación helada:

—¡Libertad para la Toffana! —escuchó la mujer, ahora con total claridad.

La posadera apretó el paso, cruzó bajo el puente y preguntó a las mujeres que echaban la colada en las cestas a toda prisa para unirse a aquella marcha:

—¿Dónde lo habéis escuchado?

La más vieja se apoyó en los riñones con una mano y con la otra apuntó hacia el sur: el soplo venía de la lavandería que estaba tras el Panteón.

La posadera, a la que apodaban «la Perla» por su ojo ciego, se secó la fiebre que empezaba a brillarle en la frente. Parecía que demasiados sabían ya sobre la lavandería..., demasiados. Las lavanderas hablaban mucho y sus conversaciones eran subestimadas por sus maridos.

Y es que la ribera de Roma daba mucho de sí. Todo corría a la misma velocidad de la corriente: así, el rumor brincó de pescador en pescador, hasta que alguien se lo gritó al barquero rubio que traía las especias:

—¡Se llevan a Giulia!

—¿A Giulia Toffana? —repitió el otro, alarmado, al escuchar el nombre de su cliente.

Luego lo fue repitiendo casi a gritos para sobrepasar el traqueteo de los molinos según remontaba el río, que arrasaba un agua densa y gélida como el mercurio.

A la altura del puerto, una viuda inmensa y echada en la orilla como una ballena varada le fue a preguntar a su hijo:

—¿Qué va diciendo ese hombre? —y cuando lo supo se llevó las manos al pecho—. Sal del agua, sal.

Sin perder un instante se fue hacia sus sobrinas, tendidas al sol un poco más allá como dos murciélagos mojados y soltó un seco ¡nos vamos!

Al joven no le quedó otra que salir del río casi desnudo y erecto, con los carrillos rojos de frío. Caminó detrás de la viuda obesa y sus sobrinas, pero no para unirse a la marcha, no, sino para trotar hacia la torre a cuyos pies se encontraba el taller de lino que regentaban desde que las tres perdieron a sus maridos. En cuanto llegaron, cerraron las contraventanas y se atrincheraron en él.

Así, la multitud se fue espesando, igual que un compuesto al fuego, a medida que la noticia se contagiaba como otra plaga más a las que los romanos ya estaban acostumbrados. A simple vista podría parecer que solo la formaban burguesas, comerciantes y pobres, pero no era así. De hecho, el rumor estaba a punto de subir varios escalones sociales de una zancada.

En una casa muy elegante de la Piazza del Popolo, una dama alta y un poco coja era alertada por su sirvienta. Garabateó la noticia muy deprisa y la envió con una nota en un carruaje hasta un palacio cercano. En él, una aristócrata menuda y de rasgos eslavos, recogió el sobrecito lacrado mientras se despedía de su marido con una sonrisa meliflua.

La dama en cuestión no era conocida por perder el tiempo ni por delegar los asuntos trascendentales a los sirvientes. De modo que pidió que le prepararan el coche y se dirigió a otro

palacio en la zona de Trevi a siete minutos del suyo. Tuvo la precaución, eso sí, de detenerse en su trasera y aprovechó para tirar una moneda a la pequeña pila de los deseos por primera vez. A pesar de no creer en esas cosas, si había un día para hacerlo, era aquel...

En el patio la esperaba sin esperarla su dueña, rígida y vestida de seda cruda como el mármol de Carrara que la rodeaba, hasta el punto de que pasaba desapercibida entre sus estatuas. Incluso su blanquísimo cutis suavemente picado de viruela contribuía a su aspecto pétreo.

—Duquesa... —acertó a decir la visitante esclava.

—Silencio..., ya lo sé —la interrumpió la noble.

A continuación, movió los ojos imperceptiblemente, como hacían sus esculturas, y comprobó que había salido ya ese sirviente chismoso a buscarles una limonada.

Los compuestos de una fórmula siempre siguen un orden. Un investigador impaciente estaría a estas alturas intentando retener todos estos personajes y lugares en la memoria, pero no sería necesario porque cada uno encontrará su momento en esta historia. Y si ya hubiera caído en el prejuicio de que se fraguó entre palacios y chismes de mujeres, estaría subestimando a la llamada Ciudad de Dios, porque mientras estas dos nobles cotorras susurraban entre sorbito y sorbito de limonada, la noticia se había extendido ya como la mismísima peste del año treinta, había cruzado el Tíber, corrido por todos los callejones del Trastevere, y estaba a punto de llegarle a un cardenal en plena eucaristía. Por poco se atraganta con la hostia al ver a la mendiga haciéndole señales agazapada como un gato tras una columna.

La pordiosera en cuestión poseía un oído portentoso y era conocida en aquel templo de la Piazza Navona, aunque los

mendigos carecían de identidad para los romanos. No había conversación entre las feligresas que no registrara a la salida de misa.

—Se las llevan —decía una.

—A ella y a su ayudante —dijo la otra abanicándose.

—¿A dónde? —preguntó la tercera.

—Al castillo Sant' Angelo.

—¡Ay, Dios! —susurraron en un corro—. De allí no sale nadie. La Toffana no es culpable...

Según escuchó aquello, la mendiga agarró la bolsa de tela que siempre llevaba colgada, corrió dentro del templo y se atrevió a hacerle una señal al religioso, algo que habría extrañado a cualquiera, puesto que estaba preparando la misa y era cardenal.

Cuando el prelado terminó el ritual, cortó el silencio de la iglesia en diagonal hasta el bullicio de la plaza mientras iba saludando a los feligreses de mayor abolengo. En las escaleras le aguardaba la mendiga, sentada en su puesto, con su inconfundible cabellera roja mal teñida y ataviada como una monja harapienta con las ropas que estas le donaban:

—Padre Colonna, se han llevado a La Toffana.

El sacerdote se agachó como si fuera a dejarle una limosna y la miró a los ojos.

—¿La Inquisición?

La otra se encogió de hombros como siempre hacía.

Cristo bendito, protégenos... El cardenal bajó los escalones que le quedaban sintiéndose mucho más pesado que antes y tomó el callejón estrecho del lateral del templo hasta la placita de Pasquino, que estaba detrás. Si había algo que saber en Roma era el lugar. Allí estaban aún los panfletos de la mañana, como siempre, pegados a la estatua. El sacerdote arrancó uno que aún no había sido retirado por los guardias. La pasquinada de ese día decía:

Quiere encontrar la Inquisición a esa que llaman la Virgen Negra.

Será porque, desde que hay tanto cura, no quedan vírgenes en la Ciudad Eterna.

Sin más dilación, arrancó el resto y las arrojó a un rincón de la plaza. El vaho caliente que le salía de la boca le nubló la cabeza. Había maldecido aquella costumbre muchas veces, pero, las cosas como son, era una forma rápida de informarse de los sucesos, incluso antes de que fueran publicados en los *avvisi*.

«La Virgen Negra...», fue repitiéndose el sacerdote mentalmente como un rezo mientras esquivaba los cuerpos medio dormidos de los mendigos. Esa leyenda se había ido de madre y empezaba a ser peligrosa. Era normal que a la Inquisición le interesara pararla.

Ahora a todos les interesaba.

Entró en la sacristía y se cerró por dentro tras informar a su monaguillo de que iba a orar. Encendió un cirio que fosforesció en la oscuridad y recorrió una cortinita negra que ocultaba el lienzo.

Su antes poderosa benefactora le sonrió desde su retrato más sarcástica de lo habitual.

—¿Y ahora qué, papisa? —le reprochó a quien tanto había hecho por él y por su templo, y por Roma, a pesar de lo que muchos dijeran ahora—. Qué desprotegidos nos has dejado.

Pero de «la papisa» se hablará en su momento largo y tendido porque hay tela que cortar. Por ahora, si alguien hubiera perseguido aquel rumor escurridizo iría cruzando ya Campo de' Fiori, donde era comentado por unas actrices que ensayaban su comedia al lado de donde, como cada tarde, se alzarían puntuales las horcas y las hogueras.

—La ha llamado el Tribunal. Parece que por la Virgen Negra.

—Sí, a ella y a su ayudante.

—¿Por herejes? La Toffana sabe mucho. De todas. De nosotras. Es una de nosotras.

—¡Libertad para la Toffana!

Así, la ciudad de los ecos hizo rebotar el rumor contra las ruinas del Foro y se fue multiplicando hasta llegar a los *lazzaroni* que escarbaban en el basurero improvisado en el que se había convertido el Coliseo. Fueron dos de aquellas ruinas errantes quienes se llevaron la noticia puesta mientras deambulaban por la ciudad.

—La sacaron del convento de las Siervas, donde nos dan de comer.

—¿El de la isla? ¿Por qué? ¿Se escondía? —se lamentó el otro.

Irónicamente, fue uno de estos mendigos mensajeros, que iba murmurando obsesivo lo último que había escuchado, quien llegó dando tumbos a la Isola Tiberina en medio del río. Cuando hubo entrado al comedor de las monjas, lo gritó como un pregonero borracho sin sospechar las consecuencias de lo que iba a anunciar y dónde:

—¡Se han llevado a la Toffana!

Allí, en el convento de las Siervas de Maria ya lo sabían. Porque, era cierto, allí fueron a buscarla. Aquello les dio la medida a las hermanas de cómo había corrido la voz por toda Roma. Por eso, la madre abadesa dejó a sus monjitas rezando por su alma.

—Oremos por Giulia, quien tanto nos ha ayudado.

Y, apoyada en su bastón, se dirigió a paso rápido por la ribera hacia el castillo. El aire frío le congeló las articulaciones, pero no se detuvo hasta que se encontró a los pies del ángel guerrero que alzaba su espada al cielo con más furia de lo habitual.

No era la única que había tomado la decisión de personarse allí.

En la ribera opuesta, las trasteverinas también se habían echado a la calle y fueron escuchadas por la Astróloga, cuyo balcón oculto por las hiedras colgaba hacia la Via Lungara. Al escuchar cómo gritaban «¡Libertad para la Toffana!», sintió que se le detenía en seco el corazón.

No podía ser, por todos los astros, no...

Bajó la escalinata con los zapatos en la mano describiendo una elipse. Al verla, su ama de llaves se santiguó y le dedicó el mismo gesto avinagrado que siempre llevaba en la cara.

La Astróloga le pidió su capa, ¡rápido!, y salió a la calle. Calculó la hora. El sol de mediodía se alzaba sobre el río con el color de una hoguera y le ardió en la frente a pesar del invierno. Ella no seguiría aquella marcha, no... La experiencia le había demostrado que, en Roma, si tomaba los callejones más oscuros, llegaba más rápido y más segura a cualquier parte.

Pero entonces ocurrió.

Algo sobrecogedor que recordarían los romanos por generaciones.

El cielo comenzó a ensombrecerse desde el norte hacia el sur y de las nubes surgieron las murmuraciones. Muchos creyeron que era el rumor enloquecido que había llegado hasta las alturas, pero aquel extraño ronroneo del cielo fue *in crescendo*, atronador, al tiempo que un manto tan negro como el de aquella Virgen se cernía sobre la ciudad hasta que, a las doce del mediodía, la dejó de noche.

Todos fueron alzando la vista, boquiabiertos: la posadera del ojo perlado, la dama coja, la noble esclava, la duquesa y sus estatuas, la mendiga pelirroja y el cardenal, monjas, príncipes, rateros y prostitutas...; también la Astróloga y la madre abadesa a los pies del castillo, para contemplar lo que sin duda era un oscuro presagio que llegaba antes de tiempo: millones de estorninos negros invadían la ciudad privándola por completo de luz, provenientes de un norte aún más frío.